
LA ECONOMIA SUMERGIDA

Andrea Saba



5

Dentro de ese amplio conjunto que es la economía sumergida, o subterránea o irregular, se incluyen fenómenos muy distintos, cuya valoración es muy diferente. Hay aspectos positivos y hay aspectos negativos. Desde la utilización abusiva de *trabajo negro* hasta la extensión de formas organizativas empresariales nuevas, la gama de matices de esa *economía sumergida* es amplia, y algunas de sus manifestaciones pueden ser positivas, en la medida en que abren interesantes perspectivas autogestionarias en sectores económicamente caracterizados por producir bienes con trabajo muy cualificado y con gran creatividad, al mismo tiempo que, para el caso de Italia por lo menos, han aguantado la crisis muy bien. La *economía sumergida* se suele caracterizar por ser irregular cara al fisco y a la Seguridad Social. En algunos países, por cauces sumergidos pasa una cantidad creciente de la actividad económica. Para que emerjan adecuadamente las manifestaciones positivas de esa economía, sería importante que se llevaran a cabo reformas sustanciales en aspectos de la política fiscal, de la política de seguridad social, de la política crediticia, etc. En todo caso, conviene efectuar análisis objetivos, sin prejuicios, de la *economía sumergida* y, en el caso de España, es urgente que se estudie pronto y bien.

En el último decenio, el proceso de acumulación capitalista ha sufrido tres violentos traumas que han desencadenado una serie de *mutaciones*, en el sentido darwiniano. Estos fenómenos abren nuevas perspectivas, tanto en relación con el sentido del crecimiento económico en el futuro, como respecto de las relaciones que habrán de establecerse entre los países altamente industrializados y los países en vías de desarrollo.

Los tres acontecimientos que han acelerado el proceso son:

A) La ruptura de los acuerdos de Bretton Wood y la declaración de no convertibilidad del dólar en agosto de 1971. Los gobiernos de los países capitalistas han infravalorado este acontecimiento, considerándolo únicamente como el paso de un sistema de cambios fijos a un sistema de cambios fluctuantes. Y no es así. No se ha vuelto del todo al mero sistema de cambios fluctuantes según las normas que se teorizan entre las dos guerras mundiales. Después de un cuarto de siglo de cambios fijos, se había producido una estrecha integración entre los mercados mundiales, y la división internacional del trabajo había alcanzado niveles de interrelación y de complementariedad jamás registrados hasta entonces.

En estas condiciones, el volver a los cambios fluctuantes parece extemadamente crítico. La tendencia implícita en este sistema monetario apunta a formas autárquicas y a soluciones proteccionistas. Sin embargo, en el momento presente la integración ha superado el *no returning point*. De ahí el estado de crisis, sobre todo para las empresas menos dinámicas, más integradas, y la búsqueda afanosa de acuerdos monetarios o de una política proteccionista al nivel de sistemas multinacionales como el de la CEE.

El hecho de vivir en un sistema fluctuante, pero al mismo tiempo integrado, constituye una experiencia nueva, y los efectos que tales condiciones generan sobre los sistemas industriales han de ser objeto de una política nueva, de nueva concepción, puesto que ha de

La crisis energética ha de verse como una ocasión histórica para modificar radicalmente los criterios de fondo de la acumulación capitalista.

acomodarse a una situación que carece de antecedentes históricos.

B) El segundo trauma es la crisis energética, que se halla sometida a un debate singular, específico, más por las consecuencias coyunturales que determina (la inflación) y menos por

la importantísima consecuencia de naturaleza estructural.

De hecho, la crisis energética ha de verse como una ocasión histórica para modificar radicalmente los criterios de fondo de la acumulación capitalista. Ahora bien, el método de análisis sobre la dinámica económica está ligado preferentemente a un planteamiento keynesiano, en el cual las vicisitudes del sistema se examinan dentro del marco de los agregados tradicionales: el beneficio, las inversiones, el consumo, etc.

Pues bien, aún en este caso, las formulaciones de política económica se basan en métodos de análisis desfasados. El planteamiento keynesiano no nos permite valorar el efecto que está generando sobre la estructura de la producción la dinámica desordenada del sistema de precios relativos. Sin necesidad de adentrarnos en discusiones teóricas, parece oportuno, sin embargo, afirmar que un análisis del sistema económico más próximo a los esquemas de Walras o de Leontief, o incluso de Sraffa, sería más apropiado habida cuenta de la naturaleza de los problemas con los que nos enfrentamos. De 1973 a 1980, el precio medio de un barril de petróleo aumentó de 2,6 dólares a 36 dólares, es decir, del orden del 1.600 por 100, mientras que durante el mismo período el precio de todos los demás bienes, en los países de la OCDE, no supera el 150 por 100 de incremento.

El petróleo es un bien básico y, por lo tanto, según la definición de Sraffa, entra directa o indirectamente en la producción de todas las otras mercancías; pero su grado de utilización varía de un sector a otro y de una a otra técnica dentro del mismo sector. Por eso, dicha variación proyectada en el tiempo —actualmente, la presión viene ejerciéndose desde hace siete años—, actúa de manera fuer-

temente selectiva sobre la estructura de la producción. Cuando, en el sistema de precios relativos, el precio de uno de los bienes básicos enloquece, ese precio se modifica rápidamente y provoca cambios en las previsiones de rentabilidad intersectorial: los sectores *energy using* sufren un duro castigo, pero los sectores *labor intensive* obtienen una ventaja relativa, sobre todo cuando la calidad del trabajo empleado en la producción es de nivel elevado. Por último, dentro de los sectores las técnicas sufren una evolución. A este respecto, es fundamental seguir el papel del progreso técnico en la dinámica económica en una fase de transición acelerada como la que estamos viviendo.

Sin embargo, los economistas no están pertrechados culturalmente para observar con análisis precisos este fenómeno. Todas las corrientes de pensamiento que han alimentado la ciencia económica en el último siglo padecen una grave carencia con respecto al papel del progreso técnico.

En Marx, la observación detallada del proceso de acumulación se concentra en la formación de la plusvalía y en el papel del trabajo —por lo demás, en su tiempo la tecnología tenía un peso muy limitado—. Y así, tres generaciones de economistas marxistas han ignorado sustancialmente cuál es hoy la variable estratégica del crecimiento económico.

Los neoclásicos han estado durante cincuenta años adorando un modelo en el cual las *productividades marginales* debían servir para definir los valores y, por consiguiente, el sistema de los precios, pero a condición de que *los coeficientes técnicos* permanecieran constantes, y de este modo, en nombre de formas de equilibrio abstracto, se han olvidado del progreso técnico.

Los keynesianos siempre se han ocupado con preferencia de la coyuntura y del período breve.

Consecuentemente, nos encontramos en un sistema económico muy perturbado frente al cual los países occidentales reaccionan con el arma que les es propia, la tecnología, sin dis-

poner de una teoría satisfactoria que explique el modo como actúa la tecnología sobre la estructura productiva y, por lo tanto, sin la capacidad de formular una política a la altura de los tiempos; en definitiva, se sigue embargado en disputas semi-ideológicas o se continúa aplicando metodologías superadas.

A mi entender, la crisis energética desplaza viejos modos de pensar e impone, si queremos seguir comprendiendo la realidad, la adopción de nuevos puntos de vista; contemporáneamente, abre posibilidades bastante diversas de las que están implícitas en un modelo tradicional de acumulación. Esto significa que, después de haber esperado de manera mesiánica la caída inevitable del capitalismo, según la profecía marxiana, y habernos llevado una profunda decepción, ahora no somos capaces de ver el grado de profundidad de la *mutación* que ha asumido el capitalismo, y el espacio

—mucho espacio— que en tal *mutación* existe para formas económicas, políticas y sociales que pueden contener elementos de socialismo, bastante distintas de las formas de socialismo real reseñables históricamente hasta ahora.

C) Pero, antes de seguir, adelante, introduzcamos el *tercer ataque al corazón*: la cuestión ecológica.

Si colocamos en el centro del análisis el papel de la tecnología, nos encontramos que es profundamente distinto moverse en condiciones de disponibilidad ilimitada de recursos —como sucedía antes de la bomba ecológica—, de establecer un techo rígido a la expansión económica que tropieza no sólo contra la disponibilidad de energía, sino también de tierra, de aire, de agua, de ciudades, de capacidad de adaptación humana, etc.

Existe una interdependencia funcional entre modelo de crecimiento y condicionamientos. Es facilísimo creer que los límites ecológicos constituyen una especie de vínculo externo neutral.

En realidad, los límites ecológicos nos constriñen a mudar la propia lógica del modelo. Por eso me parece oportuno señalar a la

Existe una interdependencia funcional entre modelo de crecimiento y condicionamientos. Es facilísimo creer que los límites ecológicos constituyen una especie de vínculo externo neutral.

ecología como causa de mutación y no sólo como condicionante externo a la dinámica económica.

El punto central de la cuestión es la relación entre incrementos de productividad e incrementos de demanda...

En las formulaciones post-keynesianas tradicionales se asume el concepto de *neutralidad del progreso técnico*.

Esto significa —simplificando al máximo, porque no tengo intención de embarcarme en discusiones académicas: las referencias teóricas me parecen estrictamente necesarias para las conclusiones de política económica— que el progreso técnico puede actuar lo mismo en los procesos de producción que sobre los nuevos productos, o también en nuevos o más abundantes servicios. Ahora bien, todo ello puede definirse como *neutral* cuando el incremento de productividad es igual al incremento de la demanda. Y esta es la condición en virtud de la cual el crecimiento puede sobrevenir a lo largo de un sendero que no suponga aumento del paro.

Pero, sobre todo, esto se ha teorizado ya antes de la *bomba ecológica*, dado que en las condiciones en que nos encontramos para operar, la productividad tiende a crecer cada vez más (sobre todo como respuesta a la crisis energética), mientras la demanda, tanto externa como interna, no puede crecer tan libremente ya que choca con los límites de disponibilidad de los recursos ambientales, que ya no pueden soportar la contaminación y el despilfarro. En los casos en que tales límites se fuerzan, los resultados que se obtienen son monstruosos. En este sentido, no es una casualidad que ciudades que han disfrutado de elevados coeficientes de expansión económica como Caracas, Ciudad de México y Sao Paulo, se encuentren hoy entre los lugares más degenerados como novel de calidad de vida. Es evidente que el progreso tecnológico, que deriva de una infinidad de actos de investigación e innovación, y que tiene un poder de difusión elevadísimo, no puede sufrir un freno a su desarrollo. El condicionamiento ecológico sobre la expansión de la capacidad de consumo no

permite la continua adecuación de la demanda a la productividad. De ahí que los sistemas industriales se muevan ahora en busca de condiciones de equilibrio que, tendencialmente, se alejan de las condiciones de pleno empleo. Los veinte millones de parados en el seno de la OCDE son la prueba más evidente de ello.

Ahora se trata, pues, de analizar la realidad económica a la luz de tres pesados condicionamientos: crisis del sistema monetario, crisis energética y límites ecológicos, sabiendo, o mejor intuyendo, que estas tres variables tienen entre sí relaciones de interdependencia sobre cuya naturaleza precisa no existen claros niveles de conocimiento, entre otras razones porque con frecuencia los economistas actúan como avestruces, escondiendo la cabeza en la arena de las viejas lógicas que los tres condicionamientos ya han hecho saltar.

No creo que se pueda escribir hoy una *teoría general*, porque los fenómenos económicos se encuentran todavía bajo forma magmática después de estos tres *traumas*; no obstante, algo puede hacerse.

En los últimos años me he visto implicado directamente en una serie de episodios en los que se han formulado algunas líneas de la política económica italiana y europea; desde las gestiones para la formación de tres gobiernos (la cosa no tendría la más mínima importancia dada la volatilidad de los gobiernos italianos, si no fuese porque en uno de ellos no se hubiera verificado el ingreso del Partido Comunista en la mayoría, por primera vez en un país del mundo occidental) hasta la negociación para el lanzamiento del SMI, pasando por las conversaciones Norte-Sur en la ONU, además de los encuentros recientes sobre el giro chino, celebrados con los economistas de la Academia de Ciencias Sociales de Shanghai, terminando por los debates acerca de las relaciones entre la CEE y América Latina, en Caracas.

Lo que cuenta en estas experiencias es, más que los resultados, los elementos que emergen en las reuniones preparatorias. Esas discusiones constituyen un buen observatorio del proceso de mutación que está produciéndose y que alcanza a los fenó

Es evidente que el progreso tecnológico, que deriva de una infinidad de actos de investigación e innovación, y que tiene un poder de difusión elevadísimo, no puede sufrir un freno a su desarrollo.

menos monetarios en la misma medida que a los estructurales. Es particularmente interesante seguir el proceso de adaptación de la estructuras productivas a las condiciones impuestas por la crisis.

Entre los fenómenos más relevantes está el de la recuperación industrial italiana de 1976 a 1980, ligado a la expansión de la pequeña empresa, infinidad de veces, con las características de industria sumergida. A pesar de que pueda parecer metodológicamente extraño, lo que me ha proporcionado indicaciones importantes acerca de la mutación que está realizándose en la estructura productiva italiana han sido, sobre todo, los contactos y las discusiones en el campo internacional. Con mucha frecuencia, determinados fenómenos económicos y sociales parecen obvios o banales a quien los vive desde dentro, mientras que resultan incomprensibles para quien los examina desde fuera.

Añadiremos que la recuperación italiana basada en la pequeña empresa y ligada, sobre todo, a determinadas condiciones internacionales, interesa a los países ascendentes porque se puede observar claramente cómo se han obtenido altísimos niveles de eficiencia y de innovación en las pequeñas dimensiones, huyendo de la tiranía de la *economía de escala*. La ecuación *eficiencia = gran dimensión* ha pesado gravemente sobre la suerte económica de los países en vías de desarrollo. De ahí derivan muchos de los obstáculos en relación con el uso de la tecnología avanzada, la disponibilidad financiera, las dimensiones de la demanda interior, etc. Con frecuencia estas condiciones han frustrado un correcto proceso de crecimiento industrial, o han empujado a verdaderos fracasos (por lo demás, las experiencias del Mezzogiorno y de sus dos *catedrales del desierto* son similares).

Este es el motivo por el cual la vía italiana de la pequeña empresa, y del espíritu emprendedor generalizado, se ve como un hecho nuevo e interesante que va más allá de la propia experiencia italiana, y del que pueden extraerse indicaciones para encontrar vías nuevas de desarrollo industrial; no deja de ser sintomático el hecho de que se hayan formula-

**Se han obtenido
altísimos niveles
de eficiencia y de innovación
en las pequeñas dimensiones,
huyendo
de la tiranía de la
economía de escala.**

do solicitudes parecidas basadas en este argumento, en Shanghai, por parte de los economistas chinos y por el ministro de Hacienda de Nicaragua; es decir, por personas que se mueven en realidades fuertemente diversificadas.

Es necesario aclarar, ante todo, que un gran

país industrial no puede vivir sólo a base de pequeñas empresas, y que las grandes empresas italianas, tanto públicas como privadas, deberán acelerar su reconversión para alcanzar altos niveles de eficiencia. Conviene añadir también que es necesaria una organización de investigación de base con el fin de alimentar un proceso de innovación continua.

En Italia, no obstante, los problemas de las grandes empresas sólo pueden resolverse a escala europea.

Los datos sobre el desarrollo italiano de 1972 son los siguientes:

ÍNDICE DE CRECIMIENTO DEL PIB

1972	3,1
1973	6,9
1974	4,2
1975	3,5
1976	5,7
1977	1,7
1978	2,6
1979	5,0
1980	4,0
	(estimación)

La balanza de pagos ha pasado de un pasivo de 3.715,6 miles de millones de liras en 1974, a un activo de 6.996,6 miles de millones de liras en 1978, activo que se ha reducido a 2.300,0 miles de millones en 1979, y que se transforma en pasivo después de la segunda subida petrolífera del 79, con cerca de 7.000.000 millones de liras en el 80.

En la producción industrial, los años indicativos son el 78, el 79 y la primera mitad del 80. En el 79 el incremento de producción es del 6,5 por 100 y la productividad del 8,7 por 100. En la primera mitad del 80 los incrementos de productividad alcanzaron el 12 por 100.

En la segunda mitad de 1980 se inicia una flexión que, sin embargo, parece más bien consecuencia de la crisis de los grandes grupos, en particular de la siderurgia y del automóvil, que de las pequeñas empresas, si bien la demanda internacional y la tendencia al estancamiento que se observa en la República Federal Alemana no son, ciertamente, señales favorables.

Con respecto a las tres causas que están determinando la mutación en curso en la economía mundial, el fenómeno de la expansión de las pequeñas empresas italianas merece ser considerado una respuesta válida por las siguientes razones:

El paso de los cambios fijos a los cambios fluctuantes, y la masa de petrodólares que crean una circulación de *moneda caliente* de proporciones crecientes, genera condiciones de inestabilidad internacional permanente. Frente a la inestabilidad, los sistemas económicos deben tratar de obtener el máximo de movilidad de los factores de producción, así como de la demanda y de la tecnología. Todo esto es mucho más fácil para pequeñas unidades en las cuales la gestión es más familiar, menor el control sindical y el fiscal, y menor es también la burocratización. El factor trabajo, que actualmente en las grandes empresas es un factor fijo de coste (es decir, independiente de las variaciones de la cantidad producida), sigue siendo, en cambio, variable en la pequeña empresa a causa de la gran movilidad interna. La utilización de trabajo a domicilio, del *part-time*, de la *consultoría*, del trabajo artesanal altamente cualificado es algo perfectamente normal en las pequeñas empresas. Ello conduce, en algunas regiones italianas, a no pocas degeneraciones graves: trabajo negro, explotación, peligrosidad, etc.; pero en las áreas de fuerte tendencia cooperativa (Toscana, Emilia, Marcas...) reviste aspectos de *autogestión potencial*.

Esta potencialidad de autogestión se expresa en forma de organización empresarial muy distinta de la del capitalismo tradicional, y no tiene nada que ver con las existentes en los

países del *socialismo real*, ni siquiera en Yugoslavia. Debe tenerse en cuenta que la descentralización productiva en pequeñas empresas y en la *industria sumergida* ha tropezado, en Italia Central, con un movimiento cooperativo cuya facturación anual supera los 10.000 millones de dólares y con estructuras públicas con un alto grado de eficiencia y de autonomía.

Por este motivo, precisamente en virtud de un contexto política y socialmente avanzado, las nuevas formas empresariales no son del todo una *degeneración* como muchos tienden a considerarlas, sino que suponen un paso adelante nuevo y de gran interés. El hecho de que en ellas exista una relación sustancialmente paritaria entre empresarios, técnicos y obreros altamente cualificados se apoya en una equivalencia cultural esencial. ¿Qué diferencia cultural *real* (no académica con penachos y

blasones) puede existir entre un obrero mecánico que haya trabajado durante diez años en la Ferrari o en la Lamborghini, y un ingeniero salido del Politécnico, cuando trabajan juntos en la construcción de una nueva máquina-herramienta, donde el momento del proyecto no puede separarse de la búsqueda continua y experimental de nuevas soluciones mecánicas?

Existe, pues, un tejido cultural, social, político e incluso territorial y urbanístico, ya que las empresas pequeñas, cualesquiera que sean sus actividades, no rompen las estructuras urbanas. Este tejido social es muy diferente del capitalismo y contiene fuertes elementos de un socialismo de tradición libertaria y acusadamente democrática.

Por ello, si admitimos que las condiciones internacionales de crisis están favoreciendo a las pequeñas unidades, y si se admite asimismo que éstas, en determinados contextos, evolucionan hacia formas nuevas, carece de sentido ver la crisis como *catarsis* y no como *síntesis* de progreso.

Frente a la crisis energética la respuesta es clara: hemos visto que las variaciones del sistema de los precios relativos han alterado el modo de utilización y explotación de los recursos,

**Las nuevas formas empresariales
no son del todo una *degeneración*
como muchos tienden
a considerarlas,
sino que suponen un paso
adelante nuevo y de gran
interés.**

y hemos comprobado igualmente que sectores enteros sufren las consecuencias en tanto que otros se benefician de ello.

El empleo de trabajo muy cualificado, y que exige poco consumo de energía, es la respuesta técnica correcta.

Ello requiere, no obstante, una movilidad de factores que sin duda no puede afrontar la gran empresa. Las presiones sindicales de los últimos decenios han rigidizado la movilidad del trabajo, la técnica de grandes dimensiones, indispensable en determinados sectores como la química y la siderurgia, no permite operaciones de descentralización y, por consiguiente, tampoco el crecimiento de pequeñas empresas inducidas por aquéllas. En sectores como el del automóvil, la posición de cuasi-monopolio de la FIAT ha frenado el proceso de descentralización, y la modificación de las técnicas es todavía *labour saving* más que *energy saving*, aunque en los últimos siete años el precio de la energía haya crecido mucho más rápidamente que el precio del trabajo.

La elección de técnicas y de sectores con alto contenido de trabajo cualificado se ha visto favorecida, además, por el modelo de consumo existente en Italia y en la CEE. La elevada tasa de beneficio (el ISTAT estima que el beneficio *per cápita* en Italia se halla subestimado en el 14 por 100) induce consumos que, más que depender de las variaciones del beneficio, derivan del gusto de los consumidores. En muchos sectores la línea italiana, la calidad, el *design*, obtienen un éxito merecido, pues los pequeños empresarios logran dar a sus productos una gracia y una operatividad continua que es el fruto de una tradición secular (no es una casualidad, en este sentido, que los centros de la moda, del *design*, de la artesanía de alto nivel coincidan con el área del Renacimiento y no con la de las grandes industrias, con excepción de Milán, donde están presentes ambos fenómenos).

Sin embargo, frente a este fenómeno de selección de la calidad, las grandes empresas de serie no pueden tener la posibilidad de prevalecer frente a una pluralidad de pequeños y vivacísimos empresarios.

Similar al fenómeno de los productos *bellos* es el de las máquinas herramientas. En los últimos años Italia ha llegado a ser un gran exportador de máquinas, especialmente de máquinas por control numérico. Se trata de una producción en la cual un micro-procesador de bajo coste, y de producción americana o japonesa (mejor americana por la calidad), contiene una serie de potencialidades electrónicas que pueden realizarse tan sólo mediante una mecánica extremadamente refinada. En áreas de gran tradición mecánica como Módena, Bolonia, Brescia, la unión entre la electrónica (sector en el cual Italia se halla retrasada) y la mecánica se traduce en máquinas de pequeña dimensión pero de altísima eficiencia, superando una vez más el margen estrecho de la economía de escala.

Se podría continuar, pero acabaré por reescribir el libro que he publicado hace poco.

El *boom* de la pequeña empresa es una respuesta a las causas de la crisis. Pero no es suficiente. Con todo, lleva en sí elementos que una política vigilante podría valorar mucho más. Pero, aún cuando no sea posible llegar a conclusiones sistemáticas, el *boom* de la pequeña empresa en Italia y la superación de la economía de escala, así como la crisis de los grandes grupos, lleva a la liberación de fuerzas sociales y políticas que están fuera de la lógica tan querida por Max Weber, según la cual la función esencial de las grandes empresas en el sistema económico acababa por generar un fuerte condicionamiento político sobre toda la sociedad.

Es cierto que en Italia los grandes grupos privados o públicos han perdido no sólo su solidez económica, sino también mucho poder político: los dinosaurios han llegado al final del cuaternario y cada vez aparecen más superados en los planos cultural, técnico, financiero y civil.

Ahora bien, si este es el sentido de la *mutación* que hemos procurado describir sumariamente, nos encontramos saliendo, incluso, de la era del capitalismo calvinista de las grandes democracias nórdicas y asentando senderos productivos menos alienantes, más creati-

**El empleo de trabajo
muy cualificado,
y que exige
poco consumo
de energía,
es la respuesta
técnica correcta.**

vos, menos jerárquicos, más democráticos, más tolerantes, donde las distinciones entre trabajo manual y trabajo intelectual se reducen cada vez más y donde las formas de abolición de las diferencias de clase son bastante más avanzadas que en el capitalismo tradicional.

Y, ciertamente, no carece de significado el hecho de que formas tales existan en el sur de Francia, especialmente en la transformación de los productos agrícolas, y en la España occidental.

Llegados a este punto, aunque no podamos extraer conclusiones, la observación de hechos reales sí puede permitirnos una correcta formulación de algunas hipótesis de trabajo: existe una vía mediterránea al desarrollo industrial

**Existe una vía mediterránea
al desarrollo industrial
que es muy distinta del capitalismo
tradicional y que contiene en sí
elementos muy interesantes
del socialismo
autogestionario.**

que es muy distinta del capitalismo tradicional y que contiene en sí elementos muy interesantes de socialismo autogestionario.

He intentado verificarlo en Italia; pero hay que hacerlo en Francia, España, Portugal y Grecia, y tal vez en Túnez, Argelia y

Egipto.

Personalmente nunca he creído que el capitalismo fuese una construcción histórica inmutable y eterna que coincidiese con la civilización. La ampliación de la CEE a Grecia, Portugal y España, el fermento del Islam, la necesidad de que Europa reencuentre su papel político en el diálogo con el tercer mundo, pueden llevar al escenario de la historia novedades bastante más interesantes que la ética calvinista del capitalismo o de un socialismo hijo auténtico del despotismo asiático.